

ANTONIO CASO Y LA HISTORIA

Enrique FLORESCANO
El Colegio de México

EL PRIMER ACERCAMIENTO al pensamiento y a la obra de Antonio Caso, así como al momento histórico en que ésta tiene lugar, por ligero y superficial que pueda ser, pone inmediatamente de manifiesto la gran falsedad que encierra la afirmación de que Caso fue un intelectual que se encerró en su torre de marfil, en las cuatro paredes de su gabinete de trabajo, dándole la espalda a la realidad que vivía el país. Nada más alejado de la verdad. Por el contrario, Caso fue, en el plano intelectual, uno de los grandes combatientes de ese período de la historia de México. Caso no se evade de la realidad mexicana para refugiarse en la metafísica,¹ sino que, sencillamente, no está de acuerdo con las soluciones que se le quieren dar a esa realidad y lucha contra ellas, en el terreno de las ideas, *desde* sus posiciones metafísicas.

Antonio Caso no solamente participa y muy activamente en la contienda ideológica que tiene lugar dentro de México, sino que además es un pensador que se mueve con gran entusiasmo y pasión dentro de la corriente ideológica mundial: él es, nada menos, el introductor en México de las modernas concepciones filosóficas que agitan al mundo.

El mundo filosófico que va a vivir Caso se ve ya perturbado, desde mediados del siglo pasado, por la irrupción de las corrientes irracionistas que se prolongan hasta nuestros días y que marcan peculiarmente el pensamiento filosófico moderno. En líneas generales, podemos decir que el irracionismo moderno se destaca por el desprecio a la razón, por la glorificación lisa y llana de la intuición como instrumento mejor del conocimiento, por propugnar una teoría aristocrática del conocimiento y por la repulsa del progreso social.

El fenómeno del irracionismo en la filosofía no es desde luego un fenómeno desconectado de la realidad y de las con-

tradiciones sociales que vive el mundo. Por el contrario, como lo ha demostrado Lukács,² en el desarrollo del pensamiento irracionalista se distinguen dos etapas con claridad: una, en que el irracionalismo combate contra el pensamiento avanzado de la burguesía; y otra, en que centra el blanco de sus ataques en el pensamiento dialéctico y materialista.

Entre los pensadores englobados dentro de la corriente irracionalista sobresalen, como es sabido, Schelling, Schopenhauer, Nietzsche, Spengler, Heidegger, Scheller, Jaspers, etcétera en Alemania, y en otros países James, Pareto, Sorel, Croce, Bergson, etcétera, algunos de los cuales ejercieron una influencia preponderante en el pensamiento de Caso.

Por ejemplo, en lo que a la historia se refiere, Croce dejó su huella claramente impresa en la obra de Caso. Y ya se sabe que Croce fue uno de los grandes impulsores de la tendencia que condujo hacia la subjetivización de la historia, hacia la eliminación en ella de todo lo que fueran leyes. “Una ley histórica, un concepto histórico —decía Croce— envuelven una verdadera *contradictio in adjecto*”. La historia, por ese camino, se convierte en arte, al mismo tiempo que la intuición toma el lugar de la razón, tanto como único instrumento comprensivo de la realidad, como también como órgano exclusivo de la creación.

Por otro lado, en lo que toca a la filosofía, la gran pasión de Caso, fue Bergson, pensador que ejerció influencia decisiva sobre nuestro autor, quien entre otras cosas, endereza su filosofía a “criticar las concepciones de las ciencias naturales, a destruir sus títulos de legitimidad para proclamar verdades objetivas, a suplantar ideológicamente las ciencias naturales por problemas biológicos, erigidos también en problemas de la vida social. . . La intuición bergsoniana se proyecta hacia el exterior como la tendencia encaminada a destruir la objetividad y la unidad de las ciencias naturales”.³

Estas influencias, junto con una cierta aristocracia del conocimiento, el desdén hacia las masas, la admiración y el culto del héroe y la lucha tenaz y casi a ras de suelo contra el marxismo, caracterizan buena parte del pensamiento de Caso.

Además, Caso vivió dos guerras mundiales, “y las ediciones

de su obra principal (*La existencia como economía, como desinterés y como caridad*) registran su reacción contra lo que llama "la filosofía del imperialismo", que pone a la vida animal encima de la ley; a la ambición de poder por encima de la justicia y del amor; al individuo centrado en sí mismo sobre el respeto a la personalidad humana. Semejante reacción aparece en los dos libros que publicó Caso durante la Segunda Guerra Mundial: *La persona humana y el estado totalitario* (1941) y *El peligro del hombre* (1942), obras en que se ataca al individualismo y al comunismo como "formas de egoísmo" rivales, y en que se define una concepción cristiana de la política".⁴

Pero no sólo esto, también la parte de su obra más técnica y científica refleja, como no podía ser menos, la lucha ideológica y los problemas que aquejan al hombre en el mundo y en su país. Los problemas esenciales que aborda: la existencia y la economía, el cristianismo y el materialismo, la política y la moral, etcétera, son todos temas ligados con su tiempo y su realidad histórica y, en consecuencia, empapados del carácter político que todos ellos contienen en su fondo. ¿Pues qué es entonces su "cosmovisión cristiana del mundo", si no su respuesta a los problemas de su tiempo? Por todo ello nos parece que Caso fue, como pocos en su época, un hombre auténticamente de su tiempo: situado en el centro del gran debate mundial y actor destacado dentro de su circunstancia particular.

Otro problema es, desde luego, el precisar si Caso, como exponente e introductor del pensamiento filosófico europeo en México, adaptó éste a las exigencias particulares del país o si solamente lo superpuso sobre una realidad extraña, a la que no se adecuaba. En otras palabras ¿fue ese pensamiento la expresión de las necesidades reales a que se enfrentaba el país, o por el contrario, tal pensamiento venía, en realidad, a representar una corriente ideológica que se contraponía a los problemas que había provocado la explosión revolucionaria en México? Evidentemente, es éste un tema interesante, pero no nos toca hablar de él aquí.

El pensamiento filosófico de Caso se desenvuelve en México durante la época en que los trastornos revolucionarios extienden por todo el país el desorden y la destrucción; en ese mismo momento Europa está asolada por la guerra. El panorama histórico es, pues, el de un mundo que ha perdido la razón y en el que dominan las fuerzas irracionales del hombre empeñado en la lucha universal.⁵

En este mundo en convulsión, Caso se caracterizó como un luchador denodado contra el positivismo; "En las manos de Caso seguía la piqueta demoledora del positivismo. La doctrina de la selección natural aplicada a la sociedad comenzó a ser discutida y dejó de ser dogma".⁶ Y si bien la renovación del ambiente intelectual en México, iniciada por el año de 1910, debe atribuírsele a todo el Grupo del Centenario, corresponde a Caso "seguir animando en México la actividad filosófica, hasta lograr conseguirle una posición prominente en la cultura nacional. El lugar que la ciencia le había quitado, amparada por el positivismo, Caso logró reconquistarlo por su infatigable actividad, talento y elocuencia. No se puede negar —comenta Ramos— que el florecimiento que tiene hoy la filosofía en México se debe a la enseñanza de Caso, que cubre un lapso de 35 años..."⁷

Después de su lucha contra el positivismo, los mejores esfuerzos de Caso se concentran en exponer su visión cristiana del mundo y, consecuentemente, en criticar las doctrinas e ideologías que se le oponen. De estas últimas, la idea de progreso y el materialismo dialéctico, fueron frecuentes temas de controversia durante su vida.

Caso era cristiano... Mostrando incluso un ascetismo bastante pronunciado, escribió que el hombre 'no ha venido al mundo a ser dichoso sino a ser esforzado', que la dicha la conseguirá en el otro mundo, pero siempre y cuando se haga merecedor de ella desde aquí".

De ahí —comenta con precisión Rosa Krauze— la importancia de la idea de progreso. Si Caso sostenía la posibilidad de un progreso colectivo a lo largo de la historia, invalidaba inmediatamente la vida personal caritativa y esforzada. El caritativo era el único que marchaba hacia el progreso, si se entiende por progreso el esfuerzo hacia la perfección.⁸

De ahí también que esta visión cristiana del mundo se conecte con ese personalismo de Caso de que habla Larroyo,⁹ y que, por ende, se oponga al marxismo, cuya ética, dice nuestro autor, está formada por ese “anhelo judío primordial, de dar la mano a todo lo bajo, a todo lo caído, a cuanto sea mezquino y numeroso, para exaltarlo a la cima donde sólo pueden respirar el aire puro los optimates de la inteligencia y de la voluntad. . . Toda la ética de Marx confluye en este mesianismo de clase, y pretende lograrlo exaltando a los que nunca antes tuvieron historia; porque como bien anota el gran historiador alemán Meyer, en la historia las masas no cuentan”.¹⁰

Como se ve por lo dicho hasta aquí, Caso fue todo menos un hombre refugiado en su torre de marfil. En la vida política y cultural desempeñó un papel sobresaliente y siempre estuvo dispuesto a salir a la palestra pública a defender sus opiniones. Así lo evidencian sus constantes polémicas periódicas, sus numerosas intervenciones públicas y sus escritos de carácter polémico. Su misma cátedra; a la que dio especial sabor y elocuencia, traspasaba los límites del claustro universitario para introducirse de lleno en la vida pública de la nación: era la tribuna de un destacado intelectual que de ese modo participaba en el debate nacional.

EL LIBRO FUNDAMENTAL de Caso aparece ya en esbozo en 1915, cuando pronuncia una serie de conferencias sobre los “Grandes cristianos” en la Universidad Popular Mexicana. Más tarde, en 1919, se edita ya como libro bajo el rubro de *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*. La tercera edición incorporó una sección llamada *Sub specie*.

Sobre la obra ha dicho José Gaos: “Que es todo un sistema filosófico, aunque sólo *in nuce*, bastará a mostrarlo el llamar la atención sobre el hecho de que los distintos grupos de capítulos del “ensayo” abocetan sendas versiones de las partes de la filosofía integrantes de un sistema cabal de ésta. . .”¹¹

El punto central de la obra está determinado por la antinomia entre la vida y la caridad. Caso arremete, en efecto,

contra la vida en sentido biológico y propugna por la caridad como única acción posible para el hombre. Para él, sin duda, es ésta la problemática de su época: o el hombre es un esclavo de sus apetitos, de la biología, o se trasciende a través de la caridad para llegar a ser el "hombre absoluto".

El libro está dividido en tres partes. La primera se ocupa del mundo como vida, la segunda del mundo como desinterés, o sea el arte, y la tercera del mundo como caridad.

Para Caso, la esencia de la vida en general, la vida en sentido biológico, es económica o utilitaria. En consecuencia, ahí donde hay vida hay también economía. Lo vital es igual a lo económico. Y esta economía vital que rige y gobierna a los organismos se la explica Caso por la hipótesis siguiente: "*La energía vital*, esa realidad original es irreductible, de que trata Driesch, es el egoísmo consciente o inconsciente".¹² Así pues tenemos que la ecuación completa de la vida es la siguiente: lo vital, lo económico, lo egoísta. Y, "haciendo suya la afirmación bergsoniana de *La evolución creadora*, de cada individuo de una especie busca "sólo su conveniencia" y se "encamina hacia aquello que exige el menor esfuerzo", Caso formula la ecuación fundamental del universo *sub specie utilitatis* de la siguiente manera: "vida = el mayor provecho con el menor esfuerzo".¹³ El provecho máximo, obtenido con el esfuerzo mínimo, parece ser la ley de la economía universal; para definir la existencia como economía.

"Este motivo se reduce al egoísmo, y su efecto es incalculable en el tiempo".

"Más antes de ir más lejos, detengámonos ante cierta actividad biológica, que parece ser desinteresada: el juego".¹⁴

Caso piensa, según esto, que el excedente de energía que se da en los animales cuando juegan y en el hombre cuando crea el arte, es una actividad desinteresada, es decir antieconómica o no biológica estrictamente. Sobre todo en el hombre, porque el animal prolonga en el juego la economía de la existencia. En cambio, el arte es desinteresado. "Los animales superiores se gastan en ser animales; pero el excedente humano, hace del hombre *un instrumento posible* de cultura, el heroísmo y la santidad".¹⁵

En resumen, para Caso, el origen del arte, de la ciencia, de la moral y de la religión está en ese excedente de energía del obrar humano.

Caso —dice Romanell— le concede al arte un sentido metafísico dentro de la estructura normativa de la realidad. Se trata de un lugar intermedio entre los órdenes biológico y moral de la existencia. Puesto que el arte por naturaleza es desinteresado, supera la ley cósmica del deseo egoísta de vivir y de ese modo abre el camino hacia el deseo moral.¹⁶

Y bien, ¿Cuál es el instrumento por el que el hombre llega al conocimiento del arte? ¿Cuál es el método de que se sirve Caso para comprender esta realidad desinteresada? Caso contesta que:

Si nosotros creyésemos que la “pura razón” ha de ser exclusivamente, la elaboradora de la filosofía, abundaríamos en el sentir de quienes niegan a la razón competencia para investigar lo absoluto. Pero, al lado de la razón está la intuición. Juntas forman la obra de la inteligencia. Junto al silogismo y su rigor dialéctico inherente, está la intuición.

Si no se ve, no podrá entenderse. La intuición es visión. *Intuir es conocer viendo*. En la intuición los objetos se dan —como lo dice enérgicamente Husserl— “en persona”.¹⁷

De esta manera pretende Caso salvar la antinomia entre razón e intuición, entendiéndolas como aspectos complementarios.

Finalmente Caso concluye, en la existencia como caridad, que:

El desinterés, la caridad, el sacrificio, son lo irreductible a la economía de la Naturaleza. Si el mundo *sólo fuera voluntad*, como dice Schopenhauer, sería inexplicable que *la voluntad* se negase a sí misma en el sacrificio. El mundo es la voluntad del egoísmo y la *buena voluntad*, además, irreductible, contradictoria con la primera. Lo que prueba, experimentalmente, que hay otro orden y otra vida, junto con el orden y la vida que rige férreamente el bárbaro imperativo de Darwin, el *struggle for life*. La ecuación del bien se enunciaría diciendo:

Sacrificio = máximun de esfuerzo con mínimo de provecho.

El bien no es un imperativo categórico... sino un entusiasmo. No manda, nunca manda, inspira. No impone, no viene de fuera, brota de la conciencia íntima, del sentimiento que afianza sus raíces en las profundidades de la existencia espiritual".¹⁸ Y más adelante agrega: "La caridad es un hecho como la lucha. No se demuestra, se practica, *se hace*, como la vida. No tendría nunca la intuición del orden que se opone a la vida biológica, no entenderéis la existencia en su profunda riqueza, la mutilaréis sin remedio si no sois caritativos... El que no se sacrifique no entiende el mundo total ni es posible explicárselo, como no es posible explicar lo que sea el sonido a un sordo o a un ciego de nacimiento a la luz... Hay que tener todos los datos, que ser hombre en su integridad; ni ángel ni bestia; para abarcar la existencia como economía y como caridad, como interés y como sacrificio."¹⁹

Éste es pues, resumido y necesariamente mutilado, el pensamiento de Antonio Caso en lo que concierne a la filosofía. Sin embargo, es conveniente apuntar que estas ideas filosóficas de Caso no encontraron eco en el ambiente intelectual de la época, ni tampoco tuvo el Maestro discípulos que ampliaran o desarrollaran el sistema filosófico que proponía. Tuvieron mayor resonancia, en cambio, las nuevas ideas de los pensadores europeos que dio a conocer, y que señalaron nuevos caminos a las generaciones posteriores. No obstante, como dice Sartre: "*Toute philosophie est pratique, même celle qui paraît d'abord la plus contemplative*".²⁰ Quiere esto decir que el sostener un concepto puramente teórico de la filosofía resulta infundado, porque cualquier *teoría* cae de lleno en la práctica, en el medio histórico donde se mueve o se inmoviliza. Un concepto teórico de filosofía puede considerarse *falso* en tanto que no se adecua a la realidad histórica donde pretende operar, en tanto que no ha resistido la prueba de la totalización histórica, ni ha demostrado su coherencia interna. Mejor aún, puede hablarse de que la verdad que propone es *ideológica* y no *científica*.²¹

AL EXAMINAR EL PENSAMIENTO HISTÓRICO de Caso es conveniente dividirlo en dos partes: una, hasta antes de la publicación primera de *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*; y otra, que se centra alrededor del libro

El concepto de la Historia Universal y la filosofía de los valores.

A temprana hora se evidencia el interés de Caso por la historia. En 1906, presenta en su oposición para la cátedra de historia dos trabajos que son interesantes porque demuestran el influjo de las ideas positivistas. Particularmente se había adherido al organicismo:

Los pueblos más ilustres y las sociedades más avanzadas sucumben, al fin, como todo organismo, dejando a otras sociedades y a otros pueblos el tesoro de sus conquistas.²² Al año siguiente, en su conferencia sobre Nietzsche, lo hallamos... invocando el amor, la simpatía, "la metamorfosis psicológica que nunca debe faltar a todo crítico cuando emprende el estudio de las vidas que aquilata", sentimiento que expone con más vigor en 1914 en el ensayo dedicado a Justo Sierra. Ahí escribió... que no se es historiador sino a condición de reproducir los diferentes tipos de vida del pasado, para comprender su originalidad y para hallarlos a su vez, legítimos y defectuosos, bellos y feos, dignos de amor y de odio, que "el amor penetra donde no puede llegar la fría y pura razón de los temperamentos discursivos".²³

En 1915, en el capítulo que insertó en "Problemas Filosóficos", con el título de "El sentido de la historia", comparte con Schopenhauer la idea de que la historia no es arte ni ciencia, sino un saber *sui generis*, que se ocupa de lo individual y no de lo general. Schopenhauer, en efecto, le niega a la historia la calidad de ciencia, dice que:

Le falta el carácter fundamental de toda ciencia, a saber: la subordinación de los hechos conocidos... En historia no hay un sistema, como en cualquier otra ciencia. La historia es un saber, no es una ciencia, porque en parte alguna reconoce lo particular por lo general, y se ve obligada a percibir directamente el hecho individual. Siendo las ciencias sistemas de nociones generales, tratan siempre de géneros; la historia, de cosas individuales.²⁴

"De esta manera —dice Rosa Krauze— antes de 1916... Caso tenía ya resueltos cuatro puntos capitales: 1º que las sociedades son organismos (único punto que descartó después), 2º la historia debe escribirse con simpatía. 3º la his-

toria no es ciencia, sino un saber *sui generis*, 4º la historia se ocupa de lo individual. Pero le faltan todavía dos puntos: 1) que la filosofía de la historia no puede basarse en la idea de progreso porque el progreso físico, artístico y moral no existe. 2) la historia en sí misma no tiene sentido, lo único que tiene sentido es la vida personal. Ninguno de estos dos puntos, sin embargo, surgió en relación con sus investigaciones históricas. Ambos aparecieron en torno a los problemas de la existencia".²⁵

Así, con estas últimas ideas que desarrolló en su obra principal, publicó en 1923 *El concepto de la Historia Universal*, al que añade, en 1933, *La filosofía de los valores*. Sin embargo:

Caso no se adhirió a Windelband y a Rickert, y aunque admitió junto con ellos que la historia se atiene a lo particular, no aceptó el elemento de universalidad axiológica que ellos incluyen, para concebirla al fin como ciencia cultural. Nada le parecía más innecesario que hacer figurar a la historia dentro de alguna de las definiciones de la ciencia.²⁶

El primero y segundo capítulo de la obra de Caso, editada en 1933, están dedicados a demostrar, como ya lo había hecho en *La existencia...* que no existe progreso físico, filosófico, estético ni moral. En resumen dice que "sólo el progreso intelectual, científico y práctico ha sido hecho. El progreso omnilateral no ha existido ni existe. Por eso la creencia en el mejoramiento de la humanidad es una superstición genuinamente moderna".²⁷

En realidad toda la argumentación en estos capítulos, está dirigida a fundamentar estos calificativos. Caso, como representante de la corriente ideológica irracionalista está contra toda idea que apunte hacia el desarrollo social de la humanidad; idea que, precisamente sustenta la corriente antagónica: el materialismo dialéctico. Por ello, no es de extrañar que inmediatamente después y ya sin tapujos arremeta contra el materialismo.

El capítulo tercero lo consagra Caso a examinar a la historia como ciencia. Para él, los diversos puntos de vista con

que se mira a la historia solamente resultan explicables desde el momento en que no existe un criterio lo suficientemente claro y unificador acerca de lo realmente histórico. Y, piensa, que es posible obtenerlo con sólo quitar de los libros de historia lo que en ellos hay de extrínseco y accesorio, de especulación y de reflexión. Así, siempre se hallará en ellos un “*fondo sui generis* que será, precisamente, el objeto de la definición de la historia”. Y este objeto peculiar y perfectamente localizado en todo estudio histórico es el pasado. Al encontrar en el pasado el objeto de estudio de la historia encuentra Caso también lo que para él es tajante separación entre ciencia e historia: una estudia el pasado y la otra el porvenir, una procede *ad narrandum* y la otra indaga en el futuro. Lo cual lo lleva a interrogarse sobre el carácter de esta ciencia que desacuerda con el tipo establecido de conocimiento científico. “¿Cuál ciencia es ésta, diversa de las otras, ciencia que no conoce para prever sino para revivir... ¿Cuáles hechos generales descubrirá?”. En fin, que lo que quiere Caso es que la historia responda, completa y absolutamente, al tipo de conocimiento aceptado como científico por las ciencias naturales. Esta exigencia, por lo demás característica del pensamiento positivista, es imposible que pueda ser cubierta por la historia tal y como lo pide Caso. Hoy se acepta, generalmente, que entre el objeto y el sujeto del conocimiento de las ciencias humanas y de las ciencias naturales hay una diferencia radical. Sin embargo, hemos de decir que en las ciencias humanas el investigador procede con el mismo criterio empleado por el sabio en las ciencias naturales, a saber: su investigación persigue la verdad y va a ella equipado con los elementos propios de toda investigación: objetividad, crítica, inteligencia, etcétera.

Mas Caso le niega en definitiva el carácter de ciencia a la historia y aduce para fundamentar su tesis tres principios:

- 1) En tanto que las ciencias se refieren a géneros, uniformidades y leyes, la historia se refiere a singularizaciones, a hechos individuales.
- 2) En tanto que las ciencias estudian lo que se repite uni-

versalmente, la historia se refiere a lo único, a lo que nunca vuelve a ser como fue.

3) En tanto que las ciencias son dueñas del tiempo, y para prever el futuro se desarrollan, la historia pone su mirada en el pasado y a él se contrae.

Pasemos pues al examen de cada uno de estos tres puntos.

1) Efectivamente, la historia no establece juicios generales que puedan ser repetibles y verificables a la manera como acontece en las ciencias naturales. Pero sí, en cambio, está en disposición de establecer ciertas leyes generales que rigen en la economía, en la sociedad, en el arte, etcétera. Y además existe en historia lo que Cassirer llama reducción eidética y que consiste en reducir los casos particulares a sus direcciones o tendencias predominantes, las cuales adquieren una significación genérica. Un ejemplo de esto lo proporciona el excelente trabajo de Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*. En este libro de Burckhardt hay una superación de los hechos que integran una individualidad, sin que para ello sea forzoso que los rasgos genéricos concuerden exactamente con los hechos concretos particulares.

2) El segundo argumento que Caso hace valer para negarle el título de ciencia a la historia tampoco no parece aceptable, ni creemos que se pueda sostener con rigor en la actualidad. La historia en ningún momento reduce su horizonte ni se circunscribe a los puros hechos aislados. De ser así seguiría siendo el cuento de viejas de que nos habla Ortega y Gasset.

La buena historiografía tipifica, equilibrando lo individual y lo general. Y, en muchos casos, procede de manera comparativa: estudiando hechos y realidades históricas ocurridas en diferente tiempo y lugar y que, relacionados y comparados, suelen arrojar resultados magníficos, como se ha probado suficientemente.

3) Por último, los hechos de los hombres, ocurridos en un pasado mediato o inmediato, son objeto de interés en el presente y aún para el futuro, en cuanto que ellos se relacionan y se incorporan a la vida de los hombres contemporáneos. La historia no se contrae hacia el pasado en cuanto tal, sino

en cuanto éste es humanidad de ayer, de hoy y de mañana, viva y presente siempre.

Más adelante Caso trae a colación, para reforzar su posición acerca del carácter no científico de la historia, las opiniones que sobre ella sustentaron Aristóteles y Schopenhauer. Sin embargo, como consideramos que éstas resienten las mismas críticas hechas anteriormente a Caso, pasamos sin aludir las. En cambio, si hemos de detenernos en las ideas de Meyer²⁸ que trae a cuento Caso.

Meyer deduce del hecho de que la historia tiene por objeto hechos singulares, cuatro consecuencias:

1) "Las causas generales no son del campo de la investigación histórica".

Este primer enunciado de Meyer nos da idea cabal del modo como entiende este pensador la historia y los hechos que ella trata. Entiende los hechos históricos aislados e individualizados en un sentido total. No concibe ni cruces, ni enlazamientos, ni relación o conexión entre ellos, lo cual aparece a simple vista sencillamente descabellado. Nunca podremos entender plenamente un hecho si no es en relación con los demás, con su tiempo, su pasado remoto e inmediato, con las condiciones reales y objetivas que lo produce o lo obstaculizan, etcétera. En otras palabras, así como un hecho general no se explica cabalmente sino en atención a sus rasgos particulares, del mismo modo un hecho particular sólo adquiere plena significación cuando se le relaciona con su contexto circunstancial.

2) "Los estados de las cosas permanentes no son historia. Los hechos históricos son los que cambian y obran por su cambio. Los pueblos no civilizados cuyo estado social no cambia, no son pueblos históricos."

En primer lugar habría que averiguar qué quiere decir Meyer con eso de que las cosas permanentes no son historia. ¿O es que acaso hay algún hecho humano, es decir histórico, que no se realice dentro del proceso histórico? La afirmación de Meyer contenida en la segunda parte de su enunciado merece la misma crítica que Zea²⁹ le dirige a la civilización occidental por su "regateo historicista" a pueblos como el

mexicano, que, según esta tesis, son pueblos no históricos, pero son pueblos no históricos no porque no tengan historia, sino porque la historia que hacen no es la de la civilización occidental.

3) “Los hechos colectivos no son hechos históricos”.

Esta afirmación, como la anterior, entraña en el fondo una actitud aristocrática de la vida, según la cual sólo las individualidades tienen historia y, en consonancia, sólo ellas pueden hacer la historia. Las masas, los pueblos, son sólo los rebaños que guían las individualidades sobresalientes. Estas opiniones, como también otras semejantes que hemos apuntado en Caso, ya sabemos hacia donde condujeron, como también sabemos qué respuesta han dado los pueblos en la historia como actores y constructores de sus propios destinos.

4) “Por más que la historia se extienda nunca saldrá de los hechos particulares”.

Esta afirmación, en nuestra opinión, se duele ante las críticas hechas al primer enunciado.

LA HISTORIA ES “CREACIÓN POÉTICA” o que “al menos mucho tiene de artística”, nos dice Caso. Esta idea proviene como veíamos al iniciar este trabajo, del movimiento irracionalista que intentó subjetivizar al extremo la historia, de tal modo que perdiera todo su rigor científico como disciplina capaz de estudiar la realidad objetiva y de desprender del estudio de esta realidad ciertas leyes y comportamientos de validez general. El objetivo era minar la estructura misma del conocimiento histórico, atacar sus bases científicas y hacerlo aparecer como un conocimiento subjetivo y, consecuentemente, susceptible de interpretaciones diversas y contradictorias. De este modo se quería destruir el rigor y concatenación interna del desarrollo histórico, para hacerlo aparecer como un proceso deshilvanado, sin vertebración y sin lógica, en el cual sería imposible encontrar un sentido. En suma, buscábase trasmutar lo objetivo-histórico-racional en lo subjetivo-irracional.

Sobre el capítulo iv de la obra de Caso, que trata de las clasificaciones propuestas por Xenopol entre *hechos de repe-*

tición (cuyo conocimiento compete a las ciencias) y los *hechos de sucesión* (conocimiento que corresponde a la historia), no nos detendremos por ser estos argumentos ya suficientemente rebatidos, por el mismo Caso, en primer lugar.

Así, examinaremos el capítulo v, donde estudia Caso las teorías axiológicas, el subjetivismo, el ontologismo y el objetivismo social, con el objeto de situarlos luego en relación con la ciencia histórica. Dice Caso, en lo que concierne a nuestro asunto, que "En la Naturaleza los valores no se dan. Se dan en cambio en la cultura". Así, "La historia es una *ciencia cultural*, no natural, dicen los partidarios de la teoría de los valores. Es ciencia, porque el elemento de significación que la integra como tal, es, precisamente, el valor". De esto concluye Caso que:

Los valores no son entes, sino valencias sociales... La sociedad es el gran sector de la realidad en donde los valores se construyen y organizan. Y, como la sociedad tiene un fruto indeclinable y constante que se llama cultura, los valores son la integración social de la cultura; por esto se muestran como entidades existiendo aparte del sujeto. Pero su realidad es sólo social, no ontológica. De todo lo anterior concluye: "El subjetivismo es falso. El ontologismo es también, probablemente, falso. Entre el mundo psicológico y el antológico, está el sociológico".

Dicho lo anterior, pasa ahora nuestro autor a examinar la historia como ciencia natural.

Decía Rickert que "la circunstancia de que no podemos ni queremos escribir la historia casi más que de los hombres, demuestra ya que nos dirigen en esto ciertos *valores* y que sin ellos no habría ciencia de la historia".³⁰ Caso objeta lo anterior diciendo que:

Es indudable que si la concepción de la historia que analizamos se acepta, la historia se contrae definitivamente a lo humano y cultural, y deja fuera de su campo a la naturaleza; porque los valores no *pueden darse* en la naturaleza, sino, exclusivamente, en la cultura". Por lo que, piensa Caso, "puede oponerse un dilema a la teoría de Windelband y de Rickert: o la historia es universal, y entonces no es ciencia de valores, porque los valores son exclusivos de la cultura y no de la naturaleza; o es universal, y entonces no se explica cómo puede ser ciencia, porque carece del asiento universal de los valores que la organizan en la esfera cultural."

Con este tipo de argumentación Caso evade, o no acierta a ver, el problema primordial que encierran las exposiciones de Windelband y de Rickert. En nuestra perspectiva es claro que el problema central que encaró la historia en el siglo XIX residía en el primado de las ciencias naturales sobre todo otro conocimiento. Desde la época de auge de las ciencias naturales en el siglo XVI y XVII, la tendencia general del conocimiento se dirigió cada vez más hacia el cálculo, el análisis, el experimento y, en suma, a lo cuantitativo, con la fórmula matemática y comprobada como resultado y la ley rigurosamente válida como ideal.³¹ La ciencia pues, tuvo que ser exacta.

Desde 1891, con Carlos Lamprecht, se pretende que la historia se ajuste a los principios que definen a las ciencias naturales.

Precisamente a romper con esta tendencia se encaminó la obra de Windelband y luego la de Rickert. Para Rickert, la distinción entre ambas ciencias no será una distinción que se base en la diversidad de sus objetos sino en la forma de tratar esos objetos. "Se trata —dice Rickert— de una parte de la lógica; más exactamente de la teoría de la ciencia o de la teoría del método. Por lo tanto *no* tiene nada que ver con el *contenido* peculiar de las diferentes disciplinas que integran las ciencias naturales y las ciencias culturales".³² No se trata aquí, comenta Luis Villoro, de dos mundos distintos irreducibles, tal como lo son el mundo del espíritu y el de lo material en Dilthey, sino de dos métodos formales distintos de tratar una misma realidad.³³ Es decir que para Rickert "La realidad se hace naturaleza cuando la consideramos con referencia a lo universal; se hace historia cuando la consideramos con referencia a lo particular e individual".³⁴

Estas consideraciones, ya bastante evidentes en la obra de los nuevos historiadores, no tuvieron resonancia en el pensamiento de Caso. Tampoco percibió, por otra parte, que las ciencias históricas no son, como las ciencias físico-químicas, el estudio de un conjunto de hechos *exteriores* a los hombres, de un mundo *sobre el cual realizan* sus actos, sino que son, por el contrario, el estudio de *esta misma acción*, de su estructura, de las aspiraciones que los animan y de los cam-

bios que sufre; y, por otra parte, como la ciencia no es más que un aspecto *real*, pero *parcial* de la actividad humana, el estudio histórico no tiene el derecho de limitarse a los fenómenos conscientes y debe unir las intenciones conscientes de los actores de la historia al significado objetivo de su comportamiento y de sus acciones.³⁵

En síntesis, Caso no aceptó que el problema principal que la historia ventilaba entonces era el de constituirse como un conocimiento autónomo, con sus propios métodos y principios, bastante diferentes a los que normaban a las ciencias de la naturaleza. Para Caso, la historia no tenía necesidad de vestirse con el ropaje de las ciencias, por ello rechazó la tesis que proponían Windelband y Rickert. Así, tiempo después, "La recepción de las nuevas ideologías, que comenzó a hacerse patente desde 1933, tampoco modificó su concepto de la historia. Las corrientes historicistas, como por ejemplo Dilthey, del que se ocupó en los últimos años de su vida, sólo le proporcionaron mayores argumentos para definir aún más los campos de la historia y de la filosofía".³⁶

El capítulo ix de su obra está destinado a resaltar la personalidad individual, como también el viii. Así, después de traer a cuento a Carlyle y a Spengler, concluye que:

La historia no tiene sentido ni valor. Lo único valioso y pleno de sentido es la *vida personal*. Las sociedades, las culturas tienen realidad de comunidades humanas. Negarles ésta es caer en un nominalismo absurdo; pero afirmarle otra distinta, es incurrir en un realismo platónico inadmisibles. Sólo es real el individuo humano personal. *El hombre superior es el microcosmos*, "el industrioso compendio del mundo, el pequeño mundo en el gran mundo" (Bossuet). Pero el espíritu del hombre superior es más grande que el mundo. Es actuación plenaria de "*la débil caña que piensa*", como dijo Pascal.

Después, en el capítulo x, establece la separación entre Ciencia, Historia, Arte y Filosofía. Al respecto dice:

La ciencia es previsión, generalización para el porvenir, "anticipación de la experiencia". Su esfera es el futuro, íntimamente ligado por el presente con el pasado más remoto. La filosofía in-

vestiga la naturaleza íntima de las cosas, las causas finales y ontológicas... La historia vuelve la vista al pasado. Deja a la metafísica en su eterno presente, a la ciencia en su futuro constante, y se aplica a deletrear en el registro de los tiempos el mundo que ya se hizo, la realidad que fue. Es una romántica incorregible. Humildemente se aplica a saber como se desenlazó la vida sobre la tierra, cómo se desvinculó el globo de su origen, cómo cada ser concreto salió de lo imperceptible en el decurso del tiempo.

El heroico es el sabio. El santo es el filósofo. El historiador es el poeta... "La historia es *imitación creadora*; no una invención su obra, "La historia es *imitación creadora*; no una invención como el arte, ni una síntesis abstracta como las ciencias, ni una intuición de principios universales como la filosofía".

NOTAS

1 Ramos, Samuel, *Historia de la filosofía en México*. México, Imprenta Universitaria, 1943, pp. 139-40.

2 Lukács, Georg, *El asalto a la razón*, México, F. C. E., 1959, pp. 6 ss.

3 Lukács, *Op. cit.* p. 21.

4 Romanell, Patrick, *La formación de la mentalidad mexicana*, México, El Colegio de México, 1954, p. 94.

5 Ramos, *Op. cit.* p. 139.

6 Vasconcelos, José, *Ulises criollo*. México, Ed. Botas, p. 328, cit. por Villegas, Abelardo. *La filosofía de lo mexicano*. México, F. C. E., 1960, p. 21.

7 Ramos, Samuel, "Antonio Caso, filósofo romántico" en *Filosofía y Letras*, México, Imprenta Universitaria, Núm. 22, abril-junio, 1946, p. 181.

8 Krauze de Koltenuik, Rosa, *La filosofía de Antonio Caso*, México, UNAM., 1961, p. 154.

9 Larroyo, F. *La filosofía americana*, México, UNAM, 1958, p. 137.

10 Caso, Antonio, *Nuevos discursos a la Nación Mexicana*, México, Robredo, 1934, pp. 9-10.

11 Gaos, José, *En torno a la filosofía mexicana*, México, Porrúa y Obregón, 1952, t. 1, p. 65.

12 *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, México, Ed. de la Secretaría de Educación Pública, 1943, p. 33.

13 Romanell, *Op. cit.* p. 96-7.

14 *La existencia...*, p. 39.

15 *Ibid.*, p. 45.

16 Romanell, *Op. cit.* p. 101.

17 *La existencia...*, p. 76.

18 *Ibid.* pp. 153-4.

¹⁹ *Ibid*, p. 160.

²⁰ Sartre, Jean-Paul, *Critique de la raison dialectique*. París, Gallimard, 1960, p. 16.

²¹ Conviene hacer notar, en relación a lo anterior, que recientemente Abelardo Villegas (*op. cit.* pp. 38 y ss) ha tratado de probar que la obra filosófica fundamental de Caso responde estrechamente a la realidad mexicana de la época, porque la obra de Caso, asevera Villegas, no es más que su respuesta a la problemática que le plantea la realidad nacional. Así, según Villegas, los tres momentos del sistema filosófico de Caso: la existencia como economía, como desinterés y como caridad, corresponden a tres etapas de la vida de México: el Porfiriato, la Revolución de 1910 y la etapa que ha de realizarse en el futuro por la caridad.

Villegas dice, "El porfirismo origina y encarna... la existencia como economía". "Por otra parte, el positivismo, identificado con el porfirismo, es un sanchismo ciego... un no comprender lo que sucede ni lo que debe suceder... Pero así como el positivismo porfiriano no conoce su propia realidad, imitando irreflexiva e incongruentemente lo que viene de fuera, lo extraño, el órgano de conocimiento de la existencia biológica, la razón, es impotente para conocer la esencia misma de la vida biológica... El positivismo y la razón biológica son igualmente ciegos ante su propia realidad". (*Ibid.* p. 59)

"Surge después la revolución —continúa— que es meritoria por lo que aniquila y no por lo que crea; la Revolución es una liberación, una lucha en la que lo aniquilado es el egoísmo, la existencia económica encarnada en el porfirismo; con ella el pueblo mexicano se libera de un orden falso, nocivo... Una vez derrotado el porfirismo, el pueblo mexicano puede levantar cabeza y vislumbrar un ideal pero sin perder de vista sus propias determinaciones; y así como el mexicano en su liberación puede ver claro, también el hombre desinteresado, despojado de un egoísmo que lo cegaba puede ver lo que es y pensar en la posibilidad de un orden superior. De esta manera la Revolución y el desinterés son, a la vez, lucha y clarividencia". (*Ibid.* p. 60)

Finalmente llegamos a la caridad, que han de practicar y realizar las nuevas generaciones: "Las nuevas generaciones tienen que realizar lo contrario de lo que hicieron los hombres del porfirismo; en vez de egoísmo y economía, heroísmo y sacrificio... Por eso, si el porfirismo fue economía, la Revolución tiene que ser caridad. El porfirismo nos había rebajado hasta casi tocar la animalidad, ahora la revolución debe enseñarnos el camino de nuestra propia humanidad y si la Revolución debe de ser caridad, si nuestra individualidad debe realizarse por la Revolución, nuestra individualidad, nuestra originalidad será nuestra humanidad, nuestra peculiaridad residirá en nuestra universalidad. Entonces, con razón puede decirse, siguiendo la doctrina de Caso, que el destino del mexicano es ser profundamente humano". (*Ibid.* p. 61)

Aunque a primera vista puedan verse varias cosas implicadas en estas

aseveraciones, en realidad se trata de una sola cuestión: Se trata de la mistificación y distorsión tanto del pensamiento de Caso como de la realidad mexicana a que se alude. Lo que quiere Villegas, y muy a su pesar salta a la vista, es adecuar el pensamiento de Caso al movimiento ideológico actual que pregunta por el ser del mexicano. Intenta violentar el pensamiento de Caso para adaptarlo dentro de su idea sobre lo que es la "filosofía de lo mexicano", de tal modo que las ideas del Maestro encajen dentro de los desarrollos y características que según él conforman la trama de esa filosofía de lo mexicano. Así, puede concluir satisfecho diciéndonos que lo que Caso "ha querido darnos en su filosofía es el significado universal de nuestras actitudes propias".

Pero hemos dicho antes que todo esto encierra una mistificación y una distorsión del pensamiento de Caso y de la realidad que vive el país. Veamos, pues, en que nos fundamos para declarar tal cosa.

El pensamiento que Caso expresa en su libro es, obviamente, un pensamiento que no se ajusta a la problemática del México que vive, pero que, al mismo tiempo, nace de esta realidad y de la circunstancia histórica que vive el mundo. Decimos que no concuerda con la realidad del México posrevolucionario porque las medidas que proponen ni se apoyan en ella ni tampoco se proyectan sobre ella. Caso propone como método de conocimiento a la intuición en el instante en que es más necesaria la razón; en el momento en que las condiciones históricas de México están *revelando* una realidad hartamente evidente por sí sola. La Revolución Mexicana fue precisamente el planteamiento directo y brutal de una realidad que se había venido escamoteando. Fue además una manifestación clara, y rotunda; que *enseñaba* sus motivaciones, que *demostraba* sus causas. En consecuencia, si se propone un método de conocimiento basado en la intuición, es claro que esa realidad adquirirá perfiles diferentes según las distintas intuiciones de los observadores. Pero, sobre todo, la Revolución es el *heroísmo*, el *sacrificio*, sólo que éste heroísmo y éste sacrificio son de naturaleza popular. Se trata de un sacrificio y de un heroísmo de masas, no de individuos especialmente calificados con algún don particular. Por tanto, si como quiere Villegas, los momentos del sistema de Caso corresponden a determinadas etapas de la historia de México, Caso lo hubiera explicitado así sin dejar lugar a dudas, y además, hubiera equiparado la caridad con la Revolución, es decir con el auténtico heroísmo, con el sacrificio desinteresado de miles de vidas humanas que fue la Revolución. Así, como Villegas tampoco ve en la Revolución el sacrificio de que habla Caso, coloca a éste en el futuro, como una acción que debe realizarse a partir de la Revolución. Que fue exactamente lo que hizo Caso, pero por otras razones, fundamentalmente porque para él el sacrificio, el heroísmo, la caridad, eran acciones esencialmente personales, individuales, no colectivas ni de masas.

Es en este sentido que decimos que el pensamiento de Caso se fundamenta fuera de la problemática que plantea la realidad socioeconómica

del país; pero, por otro lado, también dijimos que este pensamiento nace de ella. Y nace de ella como una actitud de protesta. Caso, presionado por esta realidad intensamente humana que exige soluciones prácticas, de naturaleza socioeconómica —hacia las cuales se manifiesta en oposición—, se escurre de ella y se proyecta en el mundo del ideal: en la caridad abstracta. Propone, a un pueblo que se ha lanzado a la lucha acicateado por el hambre y la miseria, que practique la caridad. Predica la caridad y la necesidad de una existencia desinteresada en el momento en que el pueblo lucha contra los intereses de una minoría que lo explota y que lo niega. Introduce en el país ideas que han nacido y son producto de otra realidad sin observar que esas ideas se contraponen o no embonan dentro de la realidad nacional. De ahí, finalmente, que ni sus ideas ni su sistema cobren arraigo dentro de la problemática del país, aunque sí, claro, afectarán y ejercerán cierta influencia en la *conciencia social* del país.

22 Cit. por Krauze, pp. 147-8.

23 *Ibid.* p. 148.

24 *Le monde comme volonté et comme représentation*, 11, p. 664, Cit. por Xenopol, A. D., *Teoría de la Historia*, Madrid, Daniel Jorro Edit., 1911, p. 97.

25 *Op. cit.* p. 149-50.

26 *Ibid.* p. 151.

27 *El concepto de la Historia Universal y la filosofía de los valores*, México, Botas, 1933, p. 33.

28 Cf. al respecto Meyer, Eduard, *El historiador y la historia antigua*, México, F.C.E., 1955, pp. 1-50 y 173-189.

29 Zea, Leopoldo, *El Occidente y la conciencia de México*, México, Porrúa y Obregón, 1953, pp. 27 ss.

30 Rickert, H. *Ciencia Cultural y Ciencia Natural*, Buenos Aires-México, Espasa Calpe Argentina, 3a. Ed. 1952, pp. 141 ss.

31 Cf. Huizinga, J. "Desarrollo de la Ciencia histórica, desde el comienzo del siglo xix". En *Revista de Occidente*, tomo XLV, 1934, pp. 244-5.

32 Rickert, *Op. cit.* p. 26.

33 Cf. Villoro, Luis. "Dilthey y Rickert: dos intentos de fundamentación de las ciencias del espíritu" en *Filosofía y Letras*, México, Imprenta Universitaria, Núms. 55-56, julio-diciembre de 1954, pp. 80 ss.

34 Rickert, *Op. cit.*, pp. 98-99.

35 Cf. Goldmann, Lucien, *Las ciencias humanas y la filosofía*, Argentina, Ed. Calatea Nueva Visión, 1958, pp. 20-21.

36 Krauze, *Op. cit.*, pp. 151 ss.